

á Cleomenes como héroe é hijo de los Dioses: hasta que otros tenidos por mas inteligentes los retrajeron de esta opinion, contándoles que de los bueyes podridos nacen las abejas; de los caballos las abispas, y de los asnos en igual forma los escarabajos; y que los cuerpos humanos, cuando el podre de la medula se espesa y toma consistencia, produce serpientes: lo que observado por los antiguos, miraron al dragon como el mas amigo y compañero de los héroes entre todos los animales.

Habiendo referido ya la primera historia, nos quedan que ver no menores infortunios en la pareja Romana, contraponiendo las vidas de Tiberio y Cayo. Eran hijos de Tiberio Graco, que con haber sido Censor de los Romanos, Consul dos veces, y haber obtenido dos triunfos, todavía fue mayor la dignidad que debió á su virtud. Fue por tanto merecedor de tomar en matrimonio á Cornelia, hija de Escipion, el que venció á Anibal, despues de la muerte de este, aunque no habia sido su amigo, sino mas bien de otro partido en el gobierno. Dicese que cogió una vez una pareja de dragones sobre su lecho: que habiendo examinado los agoreros este portento, no dejaron que se diera muerte á los dos, ni que los dos quedaran, sino que se eligiera uno, en la inteligencia de que si se mataba el macho, esto anunciaba la muerte á Tiberio, y si la hembra á Cornelia; y finalmente que amando mucho Tiberio á su muger, y juzgando que era mas conveniente morir él el primero por tener mas edad, pues Cornelia era todavía joven, mató de las serpientes el macho y dejó la hembra; y despues al cabo de poco tiempo murió, dejando doce hijos tenidos en Cornelia. Encargada esta de los hijos y de la casa, se mostró tan prudente, tan amante de sus hijos, y tan magnánima, que entendieron todos no haber andado errado Tiberio en anteponer su muerte á la de semejante muger, la cual no admitió el matrimonio del Rey Tolomeo, que partia con ella la diadema y la pedía por muger; y permaneciendo viuda, perdió todos los demas hijos, á excepcion de una hija que casó con Escipion el menor, y los dos hijos Tiberio y Cayo, cuya vida escribimos; á los que dió tan esmerada crianza, que con ser, á confesion de todos, los de mejor índole entre los Romanos, aun parece

que se debió mas su virtud á la educacion que á la naturaleza.

Pues que en la semejanza de los Dióscuros, en sus imágenes pintadas ó esculpidas se nota alguna diferencia que indica ora lo luchador, y ora lo corredor de caballos, y de la misma manera en el grande aire que se dan estos jóvenes en el valor y modestia, en la liberalidad, en la elocuencia y en la elevacion de ánimo, todavía salen y se notan en sus hechos y manera de gobierno grandes desemejanzas; me parece que no será fuera de propósito que preceda su explicacion. En primer lugar en las facciones del rostro, en el mirar y en los movimientos, Tiberio era dulce y reposado; y Cayo fogoso y vehemente: tanto, que para hablar en público el uno permanecía sosegado en el mismo sitio, y el otro fue el primero de los Romanos que empezó á dar pasos en la tribuna, y á desprenderse la toga del hombro; al modo que se refiere de Cleon el Ateniese haber sido el primero de aquellos oradores que se desprendia el manto y se golpeaba el muslo. En segundo lugar el estilo de Cayo era acalorado y cargado de afectos con tendencia á lo terrible, y el de Tiberio mas dulce y mas propio para mover á la compasion. En la diction el de este era puro y trabajado con estudio, el de Cayo persuasivo y florido. Del mismo modo en cuanto al orden de vida y á la mesa, Tiberio parco y sencillo, y Cayo, si se le comparaba con los demas, sobrio y austero; pero mirada la diferencia con el hermano, lujoso y delicado: asi es que Druso le afeó el haber comprado unas mesas Delficas de plata, que le costaron á razon de mil doscientas y cincuenta dracmas la libra. En sus costumbres, con relacion á la diferencia del estilo, el uno era afable y benigno, y el otro pronto é iracundo: de manera que hablando en público, se dejaba muchas veces arrebatado de la ira contra su

mismo propósito, con lo que levantaba la voz, prorumpia en dicterios y desordenaba el discurso; y por lo tanto para reparo de este acaloramiento tenia cerca de sí á su esclavo Licinio, que no carecia de talento, el cual puesto á su espalda con el instrumento que sirve para dar los tonos, cuando advertia que precipitaba y cortaba la pronunciacion por el demasiado ardimiento, le daba un tono bajo y suave; y en oyéndole inmediatamente volvía sobre sí, templaba el calor de los afectos, y bajaba la voz con la mayor docilidad.

Estas eran las diferencias que entre ellos habia; pero la fortaleza contra los enemigos, la justicia con los súbditos, la actividad en los cargos y la continencia en los placeres era en ambos una misma. En cuanto á la edad Tiberio tenia nueve años mas, y esto hizo que egerciesen autoridad en distintos tiempos; lo que no fue de pequeño perjuicio para sus empresas; no habiendo florecido á un tiempo ni podido reunir sus fuerzas, que juntas las de ambos hubieran sido grandes é insuperables. Hablaremos pues separadamente de cada uno, y primero de el de mas edad.

Este pues apenas salió de la puericia tuvo ya tanto nombre, que al punto se le reputó digno del sacerdocio llamado de los Augures, mas bien por su virtud que por su ilustre origen. Manifestólo así Apio Claudio, varon consular y censorio, primero por su dignidad entre los Senadores de Roma, y muy aventajado en prudencia á los de su edad, porque comiendo juntos los agoreros, habló y saludó con singular cariño á Tiberio, y él mismo lo pidió para esposo de su hija; y habiéndolo él otorgado con la mejor voluntad, hechos en esta forma los esponsales, al entrar Apio en su casa empezó desde la puerta á llamar á su muger y á decirle en voz alta: «Antistia, he dado esposo á Claudia:» y admirada aque-

lla: "¿qué prisa ó qué precipitacion es esa, le respondió, como no sea Tiberio el marido que le has proporcionado?" Bien sé que algunos refieren esto al padre de los Gracos Tiberio, y á Escipion el Africano; pero los mas son de nuestro sentir; y Polibio dice que despues de la muerte de Escipion el Africano sus deudos prefirieron entre todos á Tiberio para darle en matrimonio á Cornelia, significando con esto que el padre la habia dejado sin desposar ni prometer. Militó el joven Tiberio en Africa con Escipion el menor, que estaba casado con su hermana; y viviendo en una misma tienda con el General, al punto comprendió su índole, que daba grandes y continuos ejemplos de virtud, dignos de que todos los emulasen é imitasen. Bien presto pues se aventajó á todos los jóvenes en disciplina y en valor; y fue el primero que trepó al muro enemigo, como lo escribe Fanio, diciendo que él tambien subió con Tiberio, y participó de aquel prez del valor. Asi mientras estuvo presente tuvo el amor de los soldados, y despues de haber partido del ejército fue muy sentida su ausencia.

Nombrado Cuestor despues de aquella guerra, cúpole en suerte militar contra los de Numancia con el Consul Cayo Mancino, varon no vituperable, pero el General mas desgraciado de todos los Romanos; y por lo tanto resplandeció mas en acontecimientos tan extraños de fortuna y en semejantes adversidades, no solo la puntualidad y valor de Tiberio, sino lo que es de admirar, su veneracion y respeto hácia el caudillo, cuando él mismo, oprimido de tantos males, hasta de que era General se habia olvidado. Porque vencido en grandes y continuados combates, intentó retirarse de noche, abandonando el campamento; pero habiéndolo percibido los Numantinos, tomaron este inmediatamente; cayeron sobre los fugitivos, dando muerte á los que alcanzaron,

y envolvieron por fin todo el ejército, impeliéndole hácia lugares ásperos, de los que no habia salida; por lo que desesperado Mancino de todo buen término, hizo publicar que trataria con ellos de conciertos de paz; pero respondieron que no se fiarian sino de solo Tiberio, proponiendo que fuera este el que se les enviara. Movíanse á ello ya por el mismo joven, á causa de la fama que de él habia en el ejército, y ya tambien acordándose de su padre Tiberio, que haciendo la guerra á los Españoles, y habiendo vencido á muchas gentes, asentó paz con los Numantinos; y confirmada por el pueblo, la guardó siempre con rectitud y justicia. Enviado pues Tiberio, entró con ellos en pláticas, y ora haciendo recibir unas condiciones, ora cediendo en otras, concluyó un tratado por el que salvó notoriamente á veinte mil ciudadanos Romanos, sin contar los esclavos ni la demas turba que no entra en formacion.

Cuanto quedó en el campamento lo tomaron ó destruyeron los Numantinos. Habia entre estos despojos unas tablas pertenecientes á Tiberio, que contenian las cuentas de su cuestura, y que en gran manera deseaba recobrar; por lo cual retirado ya el ejército, volvió á la ciudad con tres ó cuatro de sus amigos. Llamando pues á los magistrados de los Numantinos, les rogó que le entregaran las tablas para no dar á sus contrarios ocasion de calumniarle, por no tener con que defenderse acerca de su administracion. Alegráronse los Numantinos con la feliz casualidad de poder servirle, y le rogaban que entrase en la poblacion; y como se parase un poco para deliberar, acercándose á él, le cogian del brazo repitiendo las instancias, y suplicándole que no los mirara ya como enemigos, sino que como amigos se fiara y valiera de ellos. Resolvióse por fin á hacerlo así, deseoso de recobrar las tablas, y temeroso de que entendieran los Numantinos que tenia

desconfianza; y entrando en la ciudad, le convidaron á comer, interponiendo toda especie de ruegos para que comiera alguna cosa sentado con ellos. Restituyéronle despues las tablas, y le propusieron que de lo demas del botin tomara lo que gustase; mas no tomó otra cosa que un poco de incienso, porque usaba de él para los sacrificios públicos; y con esto se retiró, saludándolos y despidiéndose con demostraciones de afecto.

Luego que volvió á Roma, aquel tratado se miró como ofensivo é ignominioso á la república, y fue por lo tanto puesto en examen y objeto de acusacion; pero los deudos y amigos de los soldados, que eran una gran parte del pueblo, poniéndose alrededor de Tiberio, imputaron al General todo lo que el suceso habia tenido de afrentoso, y atestiguaron que por él se habian salvado tantos ciudadanos. En tanto los que improbaban el tratado decian que en aquel caso debian los Romanos imitar á sus antepasados: porque tambien estos á los Cónsules que se dieron por contentos con recibir libertad de los Samnites, los arrojaron desnudos en manos de los enemigos; y á cuantos intervinieron y tuvieron parte en los tratados, como los cuestores y comandantes, igualmente los entregaron, haciendo que cayera sobre estos el perjurio y el quebrantamiento de los pactos; pero aqui fue donde principalmente se vió el interes y amor con que el pueblo miraba á Tiberio: porque decretaron que el Cónsul desnudo y atado fuese entregado á los Numantinos; y á todos los demas los trataron con indulgencia á causa de Tiberio. Parece que contribuyó tambien á ello Escipion, que era entonces el principal y de mayor poder entre los Romanos; y sin embargo no faltaba quien le culpase de no haber salvado á Mancino, y no haber procurado que se guardara á los Numantinos un tratado hecho por su deudo y amigo Tibe-

rio. Bien es que esta acusacion, á lo que parece, se debió en gran parte al amor propio de Tiberio un poco ofendido, y á las conversaciones con que los amigos de este y algunos sofistas le acaloraban; pero al cabo esta ligera desazon no tuvo consecuencia ninguna triste ó desagradable. En lo que para mí no cabe duda es en que Tiberio no se habria visto en las adversidades que le sobrevinieron, si á sus operaciones de gobierno hubiera estado presente Escipion Africano; pero ahora quando este se hallaba ya en España ocupado en la guerra de Numancia, fue quando se dedicó á promover el establecimiento de nuevas leyes con la ocasion siguiente.

Los Romanos de todas las tierras que por la guerra ocuparon á los enemigos comarcanos, vendieron una parte; y declarando pública la otra, la arrendaron á los ciudadanos pobres y menesterosos por una moderada pension, que debian pagar al Erario. Empezaron los ricos á subir las pensiones; y como fuesen dejando sin tierras á los pobres, se promulgó una ley, que no permitia cultivar mas de quinientas yugadas de tierra. Y por algun tiempo contuvo esta ley la codicia, y sirvió de amparo á los pobres para permanecer en sus arrendamientos, y mantenerse en la suerte que cada uno tuvo desde el principio; pero mas adelante los vecinos ricos empezaron á hacer que bajo nombres supuestos se les traspasaran los arriendos, y aun despues lo ejecutaron abiertamente por sí mismos; con lo que desposeidos los pobres, ni se prestaban de buena voluntad á servir en los ejércitos, ni cuidaban de la crianza de los hijos, y se estaba en riesgo de que la Italia toda se quedara desierta de poblacion libre, y se llenara de calabozos de esclavos como los de los bárbaros: porque con ellos labraban las tierras los ricos, excluidos los ciudadanos. Intentó poner en esto algun remedio Cayo Lelio el amigo de Escipion; pero encontró grande oposicion en los

poderosos; y porque temiendo una sedición, desistió de su empresa, mereció el sobrenombre de sabio ó prudente: porque uno y otro significa la voz *sapiens*. Mas nombrado Tiberio Tribuno de la plebe, al punto tomó por su cuenta este negocio, siendo, segun dicen los mas, los que le daban calor el orador Diófanes y el filósofo Blosio. Era Diófanes un desterrado de Mitilene; y Blosio de allí mismo, natural de Cumas en Italia; al cual, habiendo sido en Roma discípulo de Antipatro Tarsense, dedicó este sus tratados de filosofía. Algunos dan tambien algo de culpa á su madre Cornelia, que les echaba en cara muchas veces el que los Romanos le decian siempre la suegra de Escipion, y nunca la madre de los Gracos. Mas otros dicen haber sido la causa un Espurio Postumio de la misma edad de Tiberio, y que competia con él en las defensas de las causas: porque como al volver del ejército lo encontrase muy adelantado en gloria y gozando de grande fama, quiso, á lo que parece, sobreponérsele, haciéndose autor de una providencia arriesgada, y que ponía á todos en gran expectacion; pero su hermano Cayo dijo en un escrito que al hacer Tiberio su viage á España por la Toscana, viendo la despoblacion del país, y que los labradores y pastores eran esclavos advenedizos y bárbaros, entonces concibió ya la primera idea de una providencia, que fue para ellos el manantial de infinitos males. Tuvo tambien gran parte el pueblo mismo, acalorando y dando impulso á su ambicion con excitarle por medio de carteles, que aparecian fijados en los pórticos, en las murallas y en los sepulcros, á que restituyera á los pobres las tierras del público. Mas no dictó por sí solo la ley, sino que tomó consejo de los ciudadanos mas distinguidos en autoridad y en virtud: entre ellos de Craso el Pontífice Máximo; de Mucio Escevola el Jurisconsulto, que era Consul en aquel año; y de Apio Claudio su sue-

gro. Parece ademas que no pudo haberse escrito una ley mas benigna y humana contra semejante iniquidad y codicia: pues cuando parecia justo que los culpados pagaran la pena de la desobediencia, y sobre ella sufrieran la de perder las tierras que disfrutaban contra las leyes, solo disponia que percibiendo el precio de lo mismo que injustamente poseian, dieran entrada á los ciudadanos indigentes. Mas aunque el remedio era tan suave, el pueblo se daba por contento, y pasaba por lo sucedido, como para en adelante no se le agraviara; pero los ricos y acumuladores de posesiones, mirando por codicia con encono á la ley, y por ira y tema á su autor, trataban de seducir al pueblo, haciéndole creer que Tiberio queria introducir el repartimiento de tierras con la mira de mudar el gobierno y de trastornarlo todo. Mas nada consiguieron; porque Tiberio, empleando su elocuencia en una causa la mas honesta y justa, siendo así que era capaz de exornar otras menos recomendables, se mostró terrible é invicto cuando rodeando el pueblo la tribuna, puesto en pie, dijo hablando de los pobres: « las fieras que discurren por  
 » los bosques de la Italia tienen cada una sus guaridas y sus cuevas; y los que pelean y mueren por  
 » la Italia solo participan del aire y de la luz, y  
 » de ninguna otra cosa mas; sino que sin techo y  
 » sin casa andan errantes con sus hijos y sus mugeres;  
 » y sus caudillos no dicen verdad cuando en las batallas exhortan á los soldados á combatir contra los  
 » enemigos por sus aras y sus sepulcros: porque de  
 » un gran número de Romanos, ninguno tiene ara,  
 » patria, ni sepulcro de sus mayores: sino que por  
 » el regalo y la riqueza agena pelean y mueren; y  
 » cuando se dice que son señores de toda la tierra,  
 » ni siquiera un terron tienen propio.» *invidiosus tollit*  
 Estas expresiones, nacidas de un ánimo elevado y de un sentimiento verdadero, corrieron por el pue-

blo, y lo entusiasmaron y movieron de manera que no se atrevió á chistar ninguno de los contrarios. Dejándose pues de contradecir, acudieron á Marco Octavio, uno de los Tribunos de la plebe, joven grave y modesto en sus costumbres y amigo íntimo de Tiberio: así es que al principio por respeto á él habia cedido; pero por fin, siendo rogado é instado de muchos y de los mas principales, como por fuerza se opuso á Tiberio y desechó la ley. Entre los Tribunos prevalece el que se opone: porque nada hacen todos los demas con que uno solo repugne. Irritado con esto Tiberio, retiró aquella ley tan humana, y propuso otra mas acepta á la muchedumbre y mas dura contra los trasgresores, mandándoles ya dejar las tierras que poseian contra las anteriores leyes. Eran por tanto continuas las contiendas que tenia con Octavio en la tribuna; en las que, sin embargo de que se contradecian con el mayor ardor y empeño, se refiere no haber dicho uno contra otro expresion ninguna ofensiva, ni haber prorumpido en el calor de la ira en ninguna palabra que pudiera parecer menos decorosa; y es que, segun parece, no solo en los banquetes, sino tambien en las contiendas y en las rencillas, el estar dotados de buena índole y haber sido educados con esmero, sirve siempre de freno y ornamento á la razon. Y aun habiendo advertido que Octavio era uno de los trasgresores de la ley, poseyendo muchas tierras del público, le rogaba Tiberio que desistiera del empeño, prometiendo pagarle el precio de ellas de su propio caudal, sin embargo de que no era de los mas floridos. No habiendo Octavio escuchado la proposicion, mandó por un edicto que cesaran todas las demas magistraturas en sus funciones hasta que se votara la ley; y puso sellos en el templo de Saturno para que los Cuestores ni introdujeran ni extrajeran nada, publicando penas contra los Pretores que contraviniesen: de ma-

nera que todos concibieron miedo, y dieron de mano á sus respectivos negocios. Desde aquel punto los poseedores de tierras mudaron de vestiduras, y en actitud abatida y miserable se presentaron en la plaza; pero ocultamente armaban asechanzas á Tiberio, y aun habian llegado á tener pagados asesinos; tanto que él á ciencia de todos llevaba siempre en la cinta un puñal de los usados por los piratas, al que llaman dolon.

Llegado el dia, llamaba al pueblo para proceder á la votacion; pero los ricos habian quitado las urnas, y este incidente produjo un grandísimo alboroto. Podian Tiberio y su partido emplear la fuerza; y á ello se disponian; pero en aquel momento Manlio y Fulvio, varones consulares, se dirigieron á Tiberio, y tomándole las manos, le rogaban con lágrimas que se contuviera. Reflexionando este sobre las terribles consecuencias que ya preveía, y acatando ademas á tan autorizados varones, les preguntó: qué querian hiciese? á lo que contestaron no creerse capaces responder de pronto á semejante consulta, y que lo mejor seria poner la decision en manos del Senado; y haciéndole sobre ello instancias, condescendió con su deseo. Mas como reunido el Senado nada adelantase, porque el mayor influjo era de los ricos, echó mano de un medio nada legal ni pacífico, cual fue el de privar del Tribunado á Octavio, no encontrando otro para que la ley se pusiera á votacion. Empezó para esto á interponer con él públicamente ruegos, hablándole en los términos mas amistosos y humanos, y tomándole las manos, le suplicaba cediera en cuanto á la ley, y favoreciera al pueblo en una cosa tan justa, y que seria ligera recompensa de grandes trabajos y peligros. Desechada por Octavio esta propuesta, ya hablándole en otro tono, le repuso que teniendo ambos una misma autoridad, y disentiendo sobre negocios de tan grande importancia, no ha-

bria como acabar su tiempo sin hacerse la guerra; y que por tanto solo veía un remedio á este mal, que era el de cesar uno de los dos en la magistratura; y propuso á Octavio que llamara al pueblo á votar acerca de él: pues por su parte descenderia al punto, y quedaria reducido á la clase de particular, si así lo determinaban los ciudadanos. No conviniendo en ello Octavio, le dijo Tiberio que en tal caso estaba resuelto á llamar á votar acerca de él, á no que pensándolo mejor, mudara de dictamen.

Con esto entonces disolvió la junta; pero reunido el pueblo al día siguiente, subiendo á la tribuna, tentó de nuevo persuadir á Octavio; pero hallándole irreducible, propuso ley para privarle del Tribunado; y al punto hizo dar la voz de que los ciudadanos pasaran á votarla. Eran treinta y cinco las curias, y cuando habian votado diez y siete, y no faltaba mas que una para que Octavio quedara de particular, mandó suspender, y otra vez se puso á rogarle. Abrazóle á vista del pueblo, é hizo otras demostraciones, instándole y suplicándole que ni á sí mismo se expusiera á aquel sonrojo, ni á él le pusiera en la precision de haber de ser causa de una providencia tan dura y tan cruel. Dícese que estos ruegos y súplicas no los escuchó Octavio, enteramente inmóvil y sereno; sino que se le llenaron los ojos de lágrimas, y estuvo en silencio largo rato. Pero luego que miró á los ricos y á los poseedores de tierras que le tenian rodeado, es de creer que de vergüenza y temor á lo que estos dirian, se resolvió á todo trance, y dijo con entereza á Tiberio: que hiciera lo que gustase. Sancionada de este modo la ley, mandó Tiberio á uno de sus libertos que echara á Octavio de la tribuna, porque se valia de sus libertos como de ministros; y esto hizo mas digno de compasion el suceso de Octavio, al ver que se le echaba con ignominia. Mas el pueblo aun arremetió con-

tra él, y acudiendo los ricos y conteniendo á este, con gran dificultad se salvó Octavio, escabulléndose y huyendo de la muchedumbre; pero á un esclavo suyo fiel, que se le puso delante como para defenderle, le sacaron los ojos, con gran pesar de Tiberio, que luego que tuvo noticia de lo que pasaba, acudió al tumulto corriendo con la mayor diligencia.

De resultas de esto se sancionó tambien la otra ley sobre las tierras; y fueron elegidos tres ciudadanos para el discernimiento y el reparto: el mismo Tiberio, Apio Claudio su suegro y Cayo Graco su hermano, que no se hallaba presente, sino que militaba á las órdenes de Escipion contra Numancia. Egecutadas estas cosas por Tiberio á todo su placer, sin que nadie se le opusiera, nombró ademas Tribuno, no á una persona conocida, sino á un tal Mucio, que era su cliente; de lo que ofendidos los poderosos, y temiendo el poder que aquel iba adquiriendo, en el Senado le mortificaron y humillaron cuanto pudieron: pues que pidiendo, como era de costumbre, una tienda donde pudiera hacer el repartimiento de las tierras, no se la dieron, siendo así que se concedian á otros para objetos de menor entidad; y para expensas le señalaron por día nueve óbolos<sup>1</sup>; siendo Publio Nasica quien promovia estas cosas, exponiéndose sin reserva á su enemistad: porque era el que mas tierras poseia de las del público, y llevaba muy á mal que se le precisara á dejarlas. Con esto el pueblo se encendia mas; y habiendo muerto de repente un amigo de Tiberio, como en el cadaver se notasen ciertas señales reparables, empezaron á gritar que lo habian muerto con veneno; corrieron á su entierro, tomaron en hombros el féretro, y no se apartaron mientras se le daba sepultura; no fal-

<sup>1</sup> El óbolo valia menos de seis maravedis de nuestra moneda, como ya lo hemos dicho en otra parte.

tándoles razon para sospechar del veneno. Porque el cadaver se rebentó, y arrojó gran cantidad de un humor corrompido: tanto que se apagó la hoguera; y formando otra, no quiso arder hasta que la mudaron á otro lugar; y aun alli tuvieron mucho que hacer para que en él prendiera el fuego. En vista de estas cosas Tiberio irritaba más á la muchedumbre: pues que mudó las vestiduras, y presentando los hijos, pedia al pueblo que se encargara de ellos y de su madre, considerándose ya perdido.

Habia muerto el Rey Atalo Filometor, y vino Eudemo de Pergamo á traer el testamento, en el que estaba nombrado heredero el pueblo Romano; y arengando al punto Tiberio á la muchedumbre, propuso una ley para que llegado que fuera el gran caudal heredado, sirviese á los ciudadanos á quienes habian tocado tierras para los enseres y utensilios de la labor; y acerca de las ciudades que eran del reino de Atalo dijo, que no debia el Senado tomar providencia alguna; sino que él manifestaria su modo de pensar al pueblo. Incomodó esto sobremanera al Senado; y levantándose Pompeyo, dijo que era vecino de Tiberio, y por esta razon sabia que Eudemo de Pergamo le habia entregado la diadema y la púrpura del Rey, como teniendo por cierto que habia de reinar en Roma; y Quinto Metelo le echó en cara que cuando su padre, siendo Censor, volvía á casa despues de cenar, los ciudadanos que le acompañaban apagaban las luces para que no pareciera que se habian detenido en diversiones y francachelas mas de lo regular; y á él por la noche le iban alumbrando los mas atrevidos y mas miserables de la plebe. Tambien Tito Anio, hombre que no tenia opinion de probidad ni de prudencia, pero que hablando en público pasaba por invencible en las preguntas y respuestas, desafió á Tiberio á que se defendiese de haber injuriado á su colega, siendo sacrosanto é invio-

lable por las leyes; y como se moviese grande alboroto, yéndose hácia él Tiberio, pedia auxilio al pueblo, diciendo que se le trajeran para acusarlo. Anio, que en elocuencia y en autoridad se reconocia inferior, recurrió á su habilidad, y pidió á Tiberio que antes de hablar en su acusacion le respondiera á una friolera. Convino en que preguntara, y quedando todos en silencio, dijo Anio: si queriendo tú afrentarme y deshonorarme, me acogiere yo á alguno de tus colegas, y bajando este á auxiliarme, te enfadas tú de ello, pregunto, ¿le privarás del Tribunado? se dice que á esta pregunta quedó tan cortado Tiberio, que con ser el mas pronto que se conocia para hablar y el mas atrevido y resuelto, enmudeció en aquella ocasion.

Disolvió pues entonces la junta, y habiendo entendido que todas las disposiciones que á su propuesta se habian tomado, la que peor impresion habia hecho, no solo en los poderosos, sino en la muchedumbre, era la relativa á Octavio (porque la grande y respetable autoridad de los Tribunos, conservada ilesa hasta entonces, parecia que habia sido hollada y escarnecida), pronunció ante el pueblo un discurso, del que no deberá tenerse por inoportuno poner aqui algunos rasgos, para que se tenga idea de lo persuasivo y convincente de su diction. Porque dijo: "que un Tribuno es sacrosanto é inviolable, á causa de que se consagra al pueblo, y es del pueblo defensor; mas si cambiando de conducta ofende al pueblo, disminuye su poder, y le priva de votar; él mismo es quien se despoja de su dignidad, no haciendo aquello para que fue elegido; pues si no, al Tribuno que arruinara el capitolio ó incendiara el arsenal debería dejársele en paz; y eso que el que esto hace es Tribuno, aunque malo; pero si disuelve el pueblo, ya no es Tribuno. ¿Y no seria cosa repugnante que el Tribuno pueda prender al Consul, y que el pueblo no pueda despojar de su autoridad